

Boudica. La rebelión de Britania



Corre el año 60 d.C. Una tigresa enfurecida ha sublevado las tribus celtas de Britania y está dispuesta a expulsar a los romanos de sus tierras. ¿Las causas? Vasalla obediente y leal, como su fallecido esposo, fue vejada, flagelada y ultrajada junto a sus hijas, por el solo hecho de exigir respeto a su pueblo y el cumplimiento de los acuerdos establecidos. Esta es la historia del mayor alzamiento contra el poder de Roma en las islas británicas, las causas que lo provocaron y la guerra que se sucedió. La lucha de los débiles frente a los poderosos, un grito de libertad contra la prepotencia y la esclavitud; la prueba de hasta dónde pueden llegar las cosas cuando se adoptan malas decisiones, sobre todo si las mismas vienen acompañadas de malicia y soberbia

Alberto N. Manfredi (h)

Prasutago era un hombre leal. Buen vasallo, mejor soberano, reinaba sobre los icenos de manera justa y ecuánime.

Cuando en el año 43 d.C. los romanos conquistaron la isla, fue uno de los once señores que acataron su autoridad, firmando pactos de alianza y subordinación a cambio de libertad, una libertad relativa se entiende, pues nunca la hay completa si por encima existe una potestad superior que en definitiva, es la que

toma las decisiones. Aun así, esa alianza era conveniente para su pueblo. Los romanos eran un poder superior que mucho podía aportar si sus súbditos se movían con astucia. Su ciencia, su técnica, su cultura y sus impresionantes proezas de ingeniería estaban muy por encima de cualquier pueblo de Europa, como de casi todas las naciones del mundo y de ello era posible sacar provecho.

Los soberanos locales se podían beneficiar de la conquista. La actividad comercial e industrial que trajeron los invasores generaban divisas y progreso, sus métodos de cultivo y cría de ganado revolucionaron la insignificante actividad agrícola local, sus enormes sabiduría y conocimientos elevarían a sus habitantes y mejorarían sus condiciones de vida, de ahí que aquellos reinos paupérrimos se hayan hincado ante ellos, pues los sabían dueños de un poder imposible de alcanzar.

Aun así, los aborígenes britanos sabían que el nuevo orden traía aparejados muchos males, entre ellos la prepotencia, la soberbia y el inexorable sometimiento. Los romanos necesitaban mano de obra para apuntalar su dominio y como solían hacerlo por todo el imperio, no dudaron en recurrir a la población autóctona a efectos de cubrir esa necesidad. Después de todo, para su modo de ver las cosas se trataba de especies subhumanas (a excepción de griegos y egipcios se entiende), seres primitivos, a los que era lícito subyugar. Por esa razón, se les obligaba a pagar tributos y aportar trabajadores para la construcción de sus ciudades, calzadas, puentes, molinos y acueductos, así como cultivar la tierra, labrar los campos y recoger las cosechas.

Desde la sujeción de la isla, los britanos venían mostrando respeto, obediencia y buena disposición hacia los conquistadores. Obedecían las directivas, cumplían las leyes y abonaban las cargas en tiempo y forma. Su llegada les había demostrado que contra tamaña fuerza no se podía y por consiguiente, era mejor pactar y someterse a ella. Lo que los invasores no imaginaban era que una mujer acabaría alzando a los pueblos para enfrentarlos, poner a prueba su maquinaria militar y hacer tambalear su dominio. Herida, mancillada, humillada, reducirá sus ciudades a cenizas y les demostrará que con los britanos no se jugaba y que si se las hacían, las pagaban.

Julio César en Britania

El primer intento romano por conquistar Britania tuvo lugar en el verano del año 54 a.C. cuando el todopoderoso César desembarcó en Kent, al frente de cinco legiones.

Ya había estado el año anterior, encabezando una expedición de reconocimiento integrada por la Legión VII Claudia y la X Equestris, oportunidad en la que puso en fuga a fuerzas celtas muy superiores en número, reforzadas por la presencia de carros de combate.

Debió regresar a la Galia debido a ciertas noticias que llegaban de allí, pero por sobre todo, a causa de los amenazantes vientos otoñales que ponían en riesgo la navegación. Volvió al año siguiente al frente de una poderosa flota con la que tocó tierra en un punto situado a siete millas de distancia de Dover, fortificándose allí para enviar varias expediciones en dirección norte.

Con una idea aproximada de la situación, se puso en marcha junto al grueso de sus fuerzas y al cabo de dos días alcanzó el Támesis, derrotando a los reyezuelos que se cruzaron en el camino, entre ellos Casivelano, señor de los

catuvelauni, uno de los tantos pueblos que conformaban la confederación belga.

Como en Galia y en Germania, el gran Julio incendió aldeas, arrasó villas, destruyó fortalezas y después de tomar algunos prisioneros para enviar a Italia al mejor estilo “muestras lunares”, regresó al continente porque ahora sí, las noticias de la Galia eran inquietantes.



César en marcha hacia el Támesis

Imaginará el lector que para alguien que había conquistado las actuales Francia, Bélgica, Suiza, Egipto, parte de Argelia y Turquía, que derrotó a todos sus enemigos (Pompeyo, el Senado, el partido aristócrata, Catón de Utica), que construyó dos inmensos puentes sobre el Rin para invadir Germania y que se haría del poder tras un golpe de estado, cruzar a una isla situada en el último confín de la Tierra y doblegar a sus habitantes no era gran cosa, por más que estuviese en inferioridad de condiciones y contase con muchos menos hombres. Pasaría un siglo hasta que los romanos regresasen, y esta vez lo harían para quedarse.

Se dice que en tiempos de Augusto, se planificaron tres invasiones pero al menos en dos ocasiones, asuntos más urgentes obligaron a abortarlas (entre ellas, suponemos, el desastre de Teutoburgo). En la tercera una embajada encabezada por los reyes Conuellauno y Tincomaro, señores de los trinovantes y artebates respectivamente, se postró a los pies del emperador suplicándole no invadir la isla. No sabemos si eso es verdad o parte de la leyenda, lo cierto es que la conquista se acometió en tiempos de Claudio, iniciando un dominio que se extendería por los siguientes cuatro siglos.

La conquista romana

En el año 43 d.C. Aulo Plaucio Silvano, prestigioso general emparentado a la familia imperial, ex cónsul y gobernador de Panonia (Austria y Hungría) cruzó el Canal de la Mancha y desembarcó en Britania. Lo hizo en tres puntos diferentes, apeando el grueso de sus fuerzas en cercanías de la actual Dover, casi el mismo lugar que tocó Julio César un siglo atrás¹.

Llevaba consigo cuatro legiones, la II Augusta, al mando de Tito Flavio Vespasiano, quien por entonces ni imaginaba ser emperador, la IX Hispana, comandada por Cneo Hosidio Geta, la XX Valeria Victrix y la XIV Gémina que

se reservó para sí. Unos 20.000 hombres si incluimos la caballería organizada en decurias y algunos auxiliares.

En su avance hacia el interior de la isla, Plaucio derrotó a cuanto enemigo se le puso delante, entre ellos Togodumnus y Caractaco, hijos de Conubelino, señor de los catuvellani, quienes retrocedieron presurosos hacia el Támesis tratando de reagrupar sus fuerzas.

Henryk Sienkiewicz ha inmortalizado al comandante en su monumental *Quo Vadis?*, el justo y noble romano, esposo de la abnegada Pomponia Graecinia, quienes han adoptado a Calina, bella princesa germana apodada Ligia en recuerdo de su tierra, una rehén de Roma a cargo de la pareja.



"¡ia Saturnalia!". Las tropas del general Plaucio desembarcan en Britania

Quien haya visto el film recordará al matrimonio cobijando a la muchacha, que por encargo de su padre, el rey, se halla bajo la protección del fornido Ursus, un gigante de la misma nacionalidad que había cuidado a aquel en su infancia (nunca falta un nórdico en las historias romanas cuando las escriben otros)². Ellos, como el resto de la servidumbre, también profesan la fe de Cristo y se regocijan cuando San Pablo visita la villa del general. Allí se halla alojado temporalmente el joven comandante Marco Vinicio, sobrino de Petronio, curtido soldado recién llegado de Britania, quien queda prendado de la joven.

Tras el incendio de Roma, Nerón desata la primera persecución contra los cristianos. Pomponia muere en el circo junto a varios fieles, destripada por los leones y Plaucio lo hace al día siguiente, convertido en antorcha humana, como otros mártires.

-Creo que conozco a ese hombre – dice sorprendido el emperador al verlo entre los condenados.

-El general Plaucio –le responde Petronio- conquistó Britania y otros países del norte cuando eras pequeño.

-Pues ahora se enfrenta a su primera derrota – responde el cruel y perverso Tigelino, comandante de la guardia pretoriana³.

Antes de morir, el noble patricio increpa a Nerón, acusándolo de ser el verdadero culpable de la catástrofe. Lo hace con determinación, aun crucificado, frente a la enorme concurrencia reunida en el circo.

-¡Pueblo de Roma! –grita en la noche, antes de que los guardias enciendan las hogueras– ¡Yo soy Aulo Plaucio! ¡Una vez, fui general de vuestros ejércitos! ¡Roma es gobernada por un monstruo que os ha dicho que fuimos los cristianos quienes incendiamos la ciudad, pero os engaña! ¡¡Mientes Nerón!! ¡¡Fuiste tú quien incendió Roma!! Nerón mata a los cristianos para desviar la atención pero es el verdadero culpable. ¡Os juro esto a la hora de mi muerte y por mi juramento de general rom...!

Lamentablemente el bravo conquistador no alcanza a finalizar la frase porque uno de los verdugos comienza a latigearlo. Seguidamente, al sonido de las trompetas, se encienden las piras.

-Yo digo que esto es una horrible mancha en la justicia romana -exclama la gente en las gradas. Es la primera vez que el populacho no celebra las matanzas.

Pero la cosa no termina ahí. A lo lejos, desde uno de los calabozos subterráneos, el fornido Ursus llora contemplando la escena. Luego se voltea hacia el resto de los prisioneros y le dice a Vinicio, que sostiene a Ligia en sus brazos.

-Le dijo algo a Nerón. No escuché lo que fue.

Entonces, el otrora altanero centurión, para entonces devenido en creyente, exclama con voz grave.

-Nerón está viendo a un hombre que sabe morir- y en ese preciso momento Ligia estalla en llanto.

Los hechos son ficticios Nada de eso sucedió. En realidad Marco Vinicio fue un tío libertino de Nerón, casado con una de las hermanas de Calígula, el gigante germano y la cristiana princesa son personajes de fábula y ni Aulo Plaucio ni su esposa abrazaron la verdadera Fe. Aun así, la historia nos muestra el temple y presencia de los generales romanos a la hora de enfrentar la muerte y el peligro.

Volviendo a la Britania del año 60, en tanto Plaucio avanza hacia el norte conquistando las tierras de corieltauvios y brigantes (XIV Legión Gémina), sus generales persiguen a Caractaco, que se retira por el Támesis en dirección a Gales (a esa altura Togodumnus había muerto en combate). Vespasiano lo hace rumbo a Kent y la isla de Wight con la II Augusta y Geta al frente de la IX, en dirección a Lincoln. Los celtas intentarán reagruparse, esperanzados en su superioridad numérica y la aplastante cantidad de carros con la que cuentan, pero todo será en vano.

Britania romana

Tras la aplastante victoria de Vespasiano en el río Medway, la resistencia británica comienza a ceder. Todo el sudeste cae bajo el control del imperio y el dominio de los Césares comienza a afianzarse.

Plaucio redujo a belgas y brigantes, firmando con ellos acuerdos de alianza y sumisión. Los romanos habían regresado y pensaban quedarse definitivamente. Con el correr de los años, terminarán por conquistar toda Inglaterra y Gales, extendiendo una impresionante red de caminos, fundando las primeras ciudades, construyendo puentes, molinos, acueductos, puertos, acequias, defensas e introduciendo técnicas de producción en proporciones desconocidas.



El actor británico Félix Aylmer interpreta al general Plaucio en el impresionante film *Quo Vadis?* (1951)

Plaucio fundó Londinium, a orillas del Támesis, la actual Londres, en un comienzo pequeño puerto y asiento militar hacia el que empiezan a afluir comerciantes, artesanos, labriegos, mercaderes y especuladores provenientes del continente.

Bajo el gobierno de Osturius Escápula, su sucesor (47-52 d.C.), continuaron surgiendo nuevas poblaciones. El flamante gobernador, nacido en Roma en el año 15, penetró en la tierra de los trinovantes y fundó Colchester (Camulodunum), un asentamiento especialmente construido para la tropa y sus familias, que en poco tiempo se convirtió en la capital de la provincia⁴.

En una increíble seguidilla le siguieron, Winchester (Venta), San Albano (Verulamium), Manchester (Mamucium), Leicester (Ratae Coritanorum), Lincoln (Lindum), York (Eboracum), Leicester (Ratae), Chester (Deva Victrix) y otras localidades, que no tardaron en convertirse en centros de actividad económica. En línea paralela, colonos itálicos comenzaron a adquirir tierras para el cultivo y la cría de ganado, desplazando la insignificante actividad rural que durante siglos practicaron los britanos. Esos hacendados, grandes algunos, medianos y pequeños otros, contaron con asistentes y trabajadores libres aunque en su

gran mayoría recurrieron a la mano de obra esclava, en parte producto de las guerras pero en su mayoría aportada por la población local. Dado el auge comercial que la actividad estaba generando frente al incremento del mercado local, los romanos tendieron la calzada Watling que unía Dover y Londres con Gales, e hicieron otro tanto con una inmensa red de carreteras de 2000 kilómetros de extensión, todas pavimentadas con grandes lajas que colocaban sobre una base apisonada de piedras, limo, gramilla y arena⁵. Puentes, acueductos, acequias, cloacas, drenajes, puertos y dos grandes muros para detener a los pictos y escotos que poblaban la estéril e inservible Escocia -cuya parte sur también sujetaron-, son apenas rastros de una ocupación de cuatro centurias.



Londinium, la antigua Londres, fundada por los romanos en el año 43 d.C.

Los romanos se apoderaron de la isla de Man, donde exterminaron a todos los druidas, fortificaron la isla de Wight y establecieron defensas en puntos estratégicos del litoral. Invitado a coronar la conquista, el emperador Claudio cruzó el Canal de la Mancha y se encaminó a Colchester. Los britanos lo creyeron un dios y para potenciar ese sentimiento, los romanos levantaron un templo y lo consagraron a su persona⁶. Ello ayudaría a afianzar su dominio. Cierta día, los colonos itálicos escribieron a su capital quejándose de que las aguas de Inglaterra eran demasiado frías para bañarse en ellas durante las vacaciones de verano. Entonces el Senado decidió construirles un balneario con grandes piletas de agua fría, tibia y caliente y así surgió la actual Bath que en inglés significa, justamente "Baños".

Con respecto a la calzada Watling, fue una suerte de "ruta Panamericana" de la época, que partía de Londres en dos direcciones, la primera hacia el este, en dirección a Dover y la segunda en sentido contrario, hasta los límites de Gales, allí donde las comarcas de los ordivicios y los cornovii se tocaban (Shrewsbury)⁷.

Se diferenciaba de los caminos restantes porque tenía cuatro metros más de ancho que los comunes y estaba más reforzada. De ella partían y llegaban otras vías, las cuales cubrieron Inglaterra como las venas del cuerpo humano.

Con el territorio asegurado, Claudio designó a Aulo Plaucio gobernador y partió de regreso a Italia, satisfecho por haber incorporado un nuevo territorio a sus dominios.

Plaucio gobernó hasta el año 47, dejando el puesto a otro hombre de temple, Publio Osturius Escápula, quien continuó la guerra contra los nativos conquistando los reinos trinovantes e icenos.

Situación previa

En el año 60 d.C., durante el reinado de Nerón, se produjo en Britania un feroz alzamiento que como dijimos al comienzo, puso en jaque el dominio de Roma en la isla.

La culpa recae en el procurador Catón Deciano (Cato para los amigos), funcionario civil cuya misión era la recaudación de impuestos y la aplicación de justicia en caso de incumplimiento.

Prasutago, leal vasallo de Roma y buen amigo de su gobierno, vivía tranquilo junto a su esposa Boudica y sus hijas adolescentes. El pueblo le amaba y respetaba, lo mismo sus vecinos trinovantes, catuvellauni y corieltauvios porque lo sabían hombre justo, bondadoso y ecuánime a la hora de aplicar las leyes.

Su compañera le adoraba, esta encandilada con él y solo vivía para servirlo y cumplir sus deseos.

Boudica, cuyo nombre significa Victoria, era una mujer esbelta, vigorosa y aguerrida. Tenía una mirada penetrante y como buena celta británica, sabía luchar y manejar las armas. Lo mismo sus dos hijas, a quienes el rey, su padre, las adiestró en su manejo y la defensa personal.

Las muchachas crecieron en ese clima, ayudando en las tareas domésticas, como las niñas de su edad aunque también tomando parte en cabalgatas, cacerías y torneos. Los días de fiesta participaban en justas, rituales religiosos y competencias, y solían acudir a los reinos vecinos cuando en ellos se organizaban celebraciones.

Icenos y trinovantes vivían en paz, sabiendo que el pacto de vasallaje firmado con Roma los protegía de cualquier abuso, pero eso acabó en el año 60, cuando el buen Prasutago falleció.

Fue un golpe duro para la tribu pero mucho más para su familia.

-Era un hombre bueno, un jefe honorable –le dijo la reina a sus hijas frente al cuerpo yacente de su amado esposo- Estaba orgulloso de ustedes.

Y luego, dirigiéndose a sus súbditos y a los soberanos vecinos que se habían hecho presentes para rendir honores, elevó sus plegarias rogando a los dioses se sirviesen acogerlo en su morada.

Desde hacía dos años, gobernaba la isla Cayo Suetonio Paulino, considerado uno de los mejores generales del imperio. Nacido en Pesaro (la ciudad en la que diecisiete siglos después vendría al mundo el gran Rossini), tenía fama de implacable, cruel y despiadado. Era un estratega brillante, especialista en la guerra de montaña y la lucha en terrenos sinuosos, además de buen administrador y político. Llegó en reemplazo de Quinto Veranio, gobernador

interino, sucesor de Aulo Didio Galo quien solicitó el relevo tras seis años de mandato⁸.

Suetonio, familiar del notable historiador, se hallaba en la isla de Man (la tierra de los Bee Gees), aplastando un atisbo de rebelión acicateado por los druidas, jefes religiosos cuyo ascendiente sobre los gobernantes britanos era enorme. Para llegar hasta la isla, el gobernador debió embarcar en Holyhead y navegar con rumbo norte, maniobra que llevó al menos una jornada. Desembarcó en el sur, en inmediaciones de la actual Casteltown y a marchas forzadas cayó sobre campamentos y santuarios, haciendo atroz carnicería.

Los druidas reunían en sus personas las funciones de sacerdotes, legisladores y jueces. Individuos de alto abolengo, desde la llegada de los romanos mantenían viva la llama de la resistencia, azuzando a los reyezuelos del sector occidental, así como a los fugitivos que huían del invasor.



**Boudica y sus hijas durante las exequias de Prasutago.
Serán ultrajadas por los romanos**

(Imagen: *Barbarians rising*, 2016)

Creyendo la isla un lugar seguro, habían convocado a sus partidarios en el gran santuario que allí tenían, la morada de los robles sagrados y reunidos en plena noche en torno a una gran fogata, instaron a empuñar las armas y expulsar a los extranjeros de sus tierras.

Los romanos les cayeron por sorpresa y los masacraron. La matanza fue tan atroz, que durante días las aves de rapiña sobrevolaron la zona, atraídas por el olor de la carne en descomposición. Lo peor sucedió cuando Paulino mandó talar los venerados árboles y colgar a los prisioneros a lo largo y ancho del bosque.

Un innecesario acto de crueldad

Esa era la situación cuando en el año 60 Prasutago dejó de existir.

Enterado de su muerte, Catón Deciano decidió confiscar sus tierras y aumentar las cargas de los impuestos. Reuniendo una pequeña fuerza militar, se encaminó al norte, atravesando las tierras de los trinovantes en dirección al reino iceno. De ser así, debió parar a estirar las piernas en Colchester (y de

paso ir al baño y tomar algo), porque las fuentes ubican la dependencia a su cargo en Londres, lo que implicaba un día y medio o dos de viaje.

La aldea a la cual se dirigía era un rejunto de chozas, míseras cabañas construidas en madera, adobe y paja, parte de ellas sobre un pantano y un arroyo.

Cuando Cato y su escolta aparecieron en el horizonte, los hombres se sobresaltaron y ordenaron a sus mujeres encerrasen con los niños en sus cabañas. Algo intuían y preferían tomar precauciones.

Los soldados no fueron demasiado amistosos al presentarse en el lugar. Maltrataron a los pobladores y les anunciaron que debían entregarles todo el cereal, la carne y el alimento del que dispusiesen, dejándoles lo mínimo indispensable para subsistir. Además, las tierras que habitaban dejaban de pertenecerles porque pasaban a ser propiedad del emperador.



El procurador Catón Deciano ordena flagelar a Boudica

(Imagen: *Boudica. La reina guerrera*, History Channel, 2006)

Advertida por los gritos de la gente, Boudica corrió hasta el lugar, urgida por ver lo que sucedía. Se encontró al recaudador acompañado por su secretario y una veintena de guardias fuertemente armados. Les preguntó qué estaban haciendo y cuando Cato le contestó, la soberana rugió indignada diciéndoles que por los acuerdos firmados con Roma, esas tierras eran suyas y no tenían derecho a estar ahí.

Cato la miró con risa de sorna y continuó supervisando el cargamento. Mientras eso sucedía, los soldados inspeccionaban las cabañas y a punta de espada, obligaban a mujeres niños, ancianos y enfermos a desocuparlas a efectos de permitir su registro.

-¡¡No tenéis derecho a estar aquí!!¡¡Son nuestras tierras, tenemos un pacto!! – volvió a gritar la soberana con la voz entrecortada por la ira.

Fue entonces que se desató la tragedia. A una indicación de Cato, los soldados la tomaron de los brazos, la ataron a un poste de madera, la amordazaron y después de rasgarle las vestiduras, la flagelaron, azotándola delante de sus súbditos.

Los hombres apretaban sus puños y contenían la ira, las mujeres lloraban o se cubrían el rostro para no ver, las princesas imploraban y los niños sollozaban aterrorizados mientras los soldados latigaban una y otra vez a la reina. Fue un acto humillante, injusto, cruel. Los icenos sentían que sus corazones iban a estallar de cólera viendo a su señora desnuda, con las carnes hechas girones, gimiendo a cada golpe.

La furia se respiraba en la atmósfera, el aire se tornaba pesado y el tiempo parecía no transcurrir mientras los verdugos descargaban sus azotes en la ensangrentada espalda de Boudica. Pero si creyeron que eso era todo, se equivocaban.

A otro gesto del procurador, los soldados tomaron a las princesas y las ultrajaron delante de todos. Los pobladores nada pudieron hacer contra lanzas y espadas. Uno a uno violentaron a ambas niñas para hacer luego lo propio con la soberana.



Boudica es azotada frente a su pueblo. Su hija mayor llora detrás

(Imagen: *Boudica. La reina guerrera*, History Channel, 2006)

El llanto de los súbditos se entremezclaba con los gritos de desesperación de las muchachas, los rugidos de su madre y las risotadas de la soldadesca, un espectáculo degradante que se llevó a cabo a la vista de Cato y su secretario. Los romanos se retiraron con sus carros cargados de trigo, pescado, harina y dinero, dejando atrás a una leona herida pero furiosa, una fiera encrespada que aun llorando, con su cuerpo lacerado y mancillado, intentaba abrazar a sus cachorras, estrechándolas contra su pecho para darles calor.

Lo que ignoraban aquellos bellacos era que acababan de encender la mecha de una insurrección que costaría la vida de miles de sus connacionales.

En vísperas del alzamiento

Cato regresó a Londres y despachó parte del botín a Roma, obviando en el informe que preparó para el Senado la canallada que acababa de cometer. Mientras tanto, en las tierras icenas, Boudica restregaba sus heridas y tramaba la venganza. Lo primero que hizo fue convocar a sus consejeros y al ver que

todos la apoyaban, envió emisarios al sur, solicitando una audiencia con Dumnovellauno, rey de los trinovantes.

Para ese momento, la voz de lo sucedido había corrido por buena parte de Britania y la agitación comenzaba a cobrar cuerpo.

Los jefes trinovantes la recibieron con solemnidad y tras escuchar su relato, establecieron una alianza, jurando sobre la empuñadura de sus espadas vengar la afrenta y acabar con los invasores. Las lágrimas de impotencia que surcaban el rostro de la reina mientras relataba la humillación, a todos conmovieron.

Quienes parecían ignorar lo que estaba por suceder eran los romanos, que ajenos a las agitaciones que tenían lugar entre los nativos, continuaban su vida ensimismados en sus asuntos. Nada parecía turbarlos, confiaban en su poder, en la fuerza de sus legiones y la superioridad de su cultura pues para ellos los britanos eran algo insignificante, seres inferiores, subhumanos que los dioses pusieron allí para servirles.

Es de suponer que la soberana envió embajadas a los catuvellauni y los corieltanuvi pues los hechos demuestran que una vez desatada la insurrección, esas tribus también se unieron a la revuelta, lo mismo belgas, brigantes y atrebatas.

Lo seguro es que tras su encuentro con el rey de los trinovantes, el alzamiento quedó decidido. Ellos también habían padecido humillaciones, despojos, atropellos, sobre todo después que los conquistadores usurparan sus tierras y los expulsaran para fundar Colchester. Sus súbditos, hijos, padres, hermanos, mujeres de todas las edades eran obligados a trabajar en los campos y a hacer las labores pesadas, de ahí que el crudo relato de Boudica los haya incentivado, como las bestias ante el olor de la sangre.



Los romanos ultrajan a las hijas de Boudica

(Imagen: *The viking queen*, 1967)

Es posible que al encuentro entre Boudica y Dumnovellauno hayan acudido otros señores, todos los cuales juntaron sus manos en un solo puño para sellar la alianza.

El ejército que reunieron fue inmenso, más de 50.000 guerreros, incluyendo mujeres, que como hemos dicho, entre las vigorosas naciones de Britania acostumbraban ir a la guerra.

Cuando todo estuvo listo acudieron a sus santuarios a pronunciar las plegarias y precedidos por decenas de carros, se pusieron en marcha hacia Colcehster, dispuestos a arrasarla.

Saturaron los caminos, cubrieron los campos, atravesaron arroyos y ciénagas mientras se les unían más combatientes.

Lejos de allí, en Londres, Catón Deciano atendía sus asuntos. Acababa de despachar hacia Italia el producto de su rapiña, un valioso cargamento en cereal y dinero, la parte que correspondía al erario público, en tanto retenía el resto para el sostén de las tropas ocupantes y el de la provincia en general. A diario acudían a él los ciudadanos, llevándole petitorios y propuestas, atendiendo a todos con gran deferencia, no así a los britanos, por quienes sentía un desprecio total.

Nadie podía imaginar que sobre Camulodunum, la antigua Colchester, convergía una gigantesca mesnada, decidida a reducirla a cenizas. No sabemos cuándo llegó la noticia ni como, pero lo imaginamos. Pobladores del sector rural, quizás mercaderes en viaje o una partida de soldados, debieron ver algo y sin perder tiempo corrieron a dar aviso.

La novedad debió caer como una bomba pues la población no estaba preparada para un ataque. Tan seguros estaban los romanos de su poder, tal era el desprecio con el que miraban a los nativos, que la ciudad no contaba con murallas como tampoco con las defensas más básicas.

Los celtas avanzaban decididos, sus brazos, torsos y rostros tatuados con símbolos azules; blandían largas espadas, lanzas, hachas y mazas. Se cubrían con petos y escudos de gruesa madera, las mujeres portaban brazaletes en sus antebrazos y pulseras metálicas en muñecas y tobillos y lo que era peor, venían precedidos por decenas de carros y jinetes. Ante ese espectáculo, los romanos entraron en pánico.

Hombres, mujeres, ancianos y hasta niños marchaban con Boudica. Los movía el odio y la sed de venganza; deseaban expulsar a los ocupantes y recuperar las tierras que les habían arrebatado pero más que ello, lavar el honor lacerado de la soberana y sus hijas. Porque lo que avanzaba no era un ejército sino una nación, una raza orgullosa dispuesta a escarmentar a otra.

Cuando los romanos se asomaron desde los edificios más altos, no dieron crédito a lo que veían. En el horizonte, desplazándose resuelta, una masa humana se les venía encima.

Las autoridades de la ciudad convocan una reunión de emergencia y comprendiendo que la pequeña guarnición local nada podrá contra esa marea, despachan mensajeros hacia Londres, Longthorpe, asiento de la IX Legión Hispana y la isla de Man, donde Suetonio Paulino acababa de aplastar la rebelión. Los emisarios ganan los caminos reventando caballos en tanto el cuerpo de guardias local se lanza a las calles indicando a los pobladores correr a sus casas y encerrarse en ellas. Conocida la noticia, muchos de ellos toman lo esencial y abandonan la urbe, escapando en dirección sur.

Para entonces, buen número de terratenientes, así como labriegos y peones habían llegado a Camulodunum huyendo del ejército celta. Lo que narraron hizo erizar la piel de los más curtidos. Varias villas y haciendas han sido saqueadas, sus moradores masacrados de la peor manera y los esclavos liberados e incorporados a la fuerza insurgente.

El primer mensajero en llegar a destino fue el enviado hacia Londres. El soldado se apeó de su caballo y solicitó urgente audiencia con Cato. Este lo escuchó y sumamente preocupado dispuso el envío de 200 efectivos para reforzar la débil guarnición de Colchester, integrada por algo de tropa, guardias del orden (incluyendo bomberos) y algunos voluntarios.

Tras una marcha de 80 kilómetros, la reina guerrera ordena hacer alto y a escasas dos leguas de la población arenga a su gente. Los celtas braman

como fieras, lanzan gritos aterradores y aclaman a sus caudillos al tiempo que blanden sus armas.

-¡¡Demostrémosles a esos prepotentes que no son los amos de nuestra tierra!!

-¡¡¡Boudica, Boudica!!! ¡¡¡Muerte a los romanos!!! – ruge la turba.

-¡¡Enseñémosles que por más poderosos que sean a los pueblos libres se los respeta!!

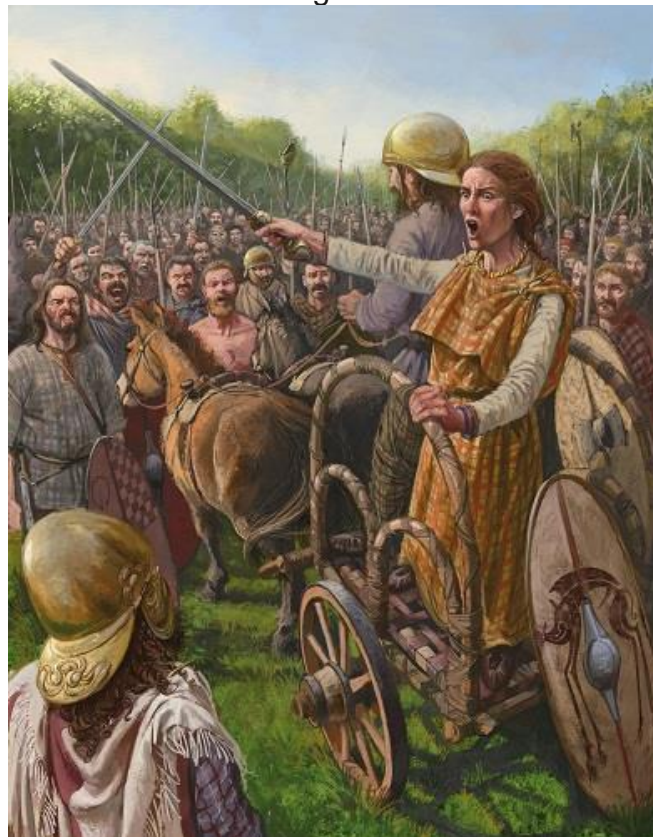
-¡¡¡Boudica, Boudica!!!

El rey de los trinovantes, hace lo propio clamando la protección a sus dioses.

-¡¡Dadnos fuerzas para acabar con esos bellacos!!

-¡¡Libertad, libertad!! – aúllan los guerreros.

En el bando romano, por el contrario, las cosas van de mal en peor. Advertido por el emisario que acaba de llegar de la capital, Quinto Petilio Cerial, comandante de la IX Legión Hispana⁹, despacha en auxilio dos mil efectivos fuertemente armados, posiblemente un manípulo y medio, reforzado por una decuria, los cuales parten a marcha forzada pues deben cubrir más de 160 kilómetros en el menor tiempo posible si lo que pretenden es socorrer a sus connacionales. El general, oriundo de la Umbría, estaba convencido que eso bastaría para ahuyentar a los bárbaros, ignorando en ese momento, que enviaba a sus hombres una muerte segura.



La reina celta subleva a los britanos

Frente a Colchester, la situación es desesperante. Los romanos apenas pueden organizar una defensa limitada y los pobladores civiles saben que su suerte depende de la ayuda exterior. Imploran a sus dioses por ella y se angustian al ver que pasan las horas y la misma no llega.

La destrucción de Colchester

A una señal de Boudica, los salvajes se lanzan a la carrera y entran en la ciudad. Las escenas que se viven son terroríficas. Cincuenta mil guerreros cebados no eran algo para tomar a la ligera y mucho menos si los dirige una leona herida.

Casas, comercios, dependencias, depósitos, son saqueados sistemáticamente. La débil guarnición local, reforzada por unos pocos veteranos retirados de la milicia, nada puede frente a semejante huracán.

Los atacantes incendian la ciudad, matan sin piedad y se apoderan de todo objeto de valor. Un panadero siciliano intenta defender su negocio con la ayuda de sus hijos pero terminan degollados, lo mismo su esposa e hijas en la parte posterior de la vivienda; un grupo de guardias es rodeado y lanceado en las calles cuando se desplaza en auxilio de los moradores de una propiedad en llamas, otro termina acorralado y exterminado en inmediaciones de la plaza. El propietario de un depósito se atrinchera con sus dependientes intentando rechazar el ataque pero es atravesado por cuchillos y espadas; un veterano legionario de Tarento ha logrado matar a tres oponentes pero está fuera de forma y sucumbe ante las hachas junto a su familia; un terrateniente milanés que tiene casa en la ciudad también perece tratando de defender a los suyos, lo mismo un napolitano que en su juventud combatió en Germania.

Nadie se salva. Los salvajes no tiene piedad; un mercader que trafica productos entre su Roma natal, la Galia y Britania perece carbonizado cuando su vivienda se desploma. Trataba de liberar a su esposa, atrapada bajo una pesada viga. Un muchacho de 15 años, llegado de pequeño desde la Apulia con su familia, es muerto a garrotazos al intentar socorrer a su progenitor que yace ensangrentado en el piso de su tienda.

Más que la furia del ataque, lo que sorprende a los romanos es la presencia de mujeres, Amazonas enardecidas, curtidas, sanguinarias, que desprenden fuego de sus ojos y espuma por la boca.

Algunos pobladores tratan de abandonar la ciudad, que para ese momento arde como una pira, pero sucumben al ser rodeados por los salvajes. Caen atravesados por lanzas o son degollados y destripados.

En ese preciso instante llegan a Camulodunum los 200 efectivos enviados por Catón Deciano pero los mismos son aniquilados ni bien ingresan en la urbe. Apenas tuvieron tiempo de reaccionar. Superados en número cincuenta veces a uno, los aniquilan, despojándolos de sus armas y quemando sus cuerpos. No hay escapatoria, no hay manera de defenderse, todo parece perdido, y es entonces que se oyen voces instando a refugiarse en el gran templo, el edificio en honor a Claudio que mancilla el orgullo britano.

-¡¡Al templo!! ¡¡Todos al templo, es la única salvación!!

Hombres, mujeres y niños corren a toda prisa, muchos cargando heridos, otros ayudando a enfermos o ancianos, madres jóvenes llevando sus retoños en brazos, algún guardia tratando de cubrir la estampida con su espada. Se

lanzan en loca carrera, seguidos por los atacantes que blanden sus armas en una mano y sostienen antorchas en la otra.

Entonces se desencadena el horror. Viendo que no podían ingresar, los britanos prenden fuego al edificio, símbolo de la opresión y el omnipotente poder de Roma.

Las llamas envuelven la mole iluminando la noche de manera siniestra en tanto los gritos de quienes se queman vivos en su interior se escuchan a varios kilómetros de distancia.



La población romana corre en busca de protección

(Imagen: *Boudica. La reina guerrera*, History Channel, 2006)

Cuando el jinete enviado hacia el oeste entrega el mensaje al gobernador, este lanza una imprecación. No acababa de aplastar una rebelión y ya estallaba otra, mucho más violenta.

Lo primero que dispone es alistar a sus huestes e iniciar la marcha de manera inmediata, dejando parte de la XX Legión entre la isla de Man y el norte de Gales, territorios recientemente apaciguados. Debía atravesar el pequeño país hasta la calzada Watling, que finaliza en sus límites y continuar por ella a la mayor velocidad posible.

Mientras tanto, los bárbaros acaban la masacre y acampan en las afueras, necesitados de reponer fuerzas. Fue una jornada agotadora que finalizó en una orgía de sangre, fuego y descontrol. Prácticamente ningún romano sobrevivió. A todo esto en Londinium, un temblequeante Cato recibe las primeras noticias de lo ocurrido. Pálido, transpirando, con el corazón latiéndole con fuerza, no da crédito a lo que escucha. Cincuenta mil bretones acababan de arrasar la capital provincial y se disponían a marchar hacia allí.

-Es una locura. No puede ser – dijo mirando a la nada.

-¿Qué debemos hacer, señor? – le pregunta su secretario.

-Si esa mujer me agarra me mata. Debe estar hecha una furia para haber hecho lo que hizo.

Sin pensarlo más, recogió sus cosas, preparó las valijas y se largó a la costa, más precisamente hacia Dubris (la actual Dover), puerto que los romanos fundaron y fortificaron al final de la calzada Watling. Allí, a la sombra del gran faro en construcción, abordó una nave y cruzó a la Galia, para dirigirse directamente a Italia y dar cuenta de lo sucedido.

Mientras tanto, en el campo de Boudica uno de sus lugartenientes se acerca a la fogata junto a la cual la reina se calienta en compañía de sus hijas y allegados, para informarle que una legión romana (en realidad menos de la mitad) descendía por el camino del norte. Sin perder tiempo, despacha a varios millares y les ordena apostarse a la vera del recorrido para tenderles una emboscada.



Los britanos destruyen Colchester e incendian el gran templo dedicado a Claudio. En su interior los refugiados romanos se calcinan

Los legionarios cayeron en la trampa y fueron aniquilados. Nunca imaginaron que aquellos rústicos se atreverían a hacerles frente y terminaron pagando su arrogancia. Si bien estaban entrenados y sabían lidiar, eran superados diez a uno y eso no les dio ninguna chance.

Ahora sí, con sus espaldas cubiertas, la feroz soberana y su aliado trinovante pudieron marchar en dirección a Londres. Boudica estaba decidida a reducirla a escombros también pero antes deseaba “mantener una charla personal” con Cato. Ignoraba que había huido y que en esos momentos se encontraba en la vecina Francia, bien a resguardo, listo para emprender el regreso a Italia. ¡Y menos mal para él! Funcionario civil, habituado a lidiar con documentos y papeles, no tenía la más mínima chance frente a la aguerrida celta, mujer vigorosa, como hemos dicho, adiestrada desde niña en el arte de la guerra, el manejo de las armas y la lucha cuerpo a cuerpo. De haberlo atrapado, lo hubiese despedazado.

A sabiendas de que Colchester ya no existía y que los salvajes se dirigían a Londres, Suetonio Paulino se adelanta a sus hombres y a todo galope llega a la

ciudad del Támesis. Lo primero que hace es correr a la procuraduría y preguntar por su titular.

-¿Dónde está Cato?

Dado el silencio de los presentes volvió a insistir, ahora con más fuerza.

-¡¡¡¿Dónde está Cato?!!!

-Cruzó a la Galia, señor –respondió temeroso el secretario- A esta hora debe estar camino a Roma.

Preferimos no transcribir las palabras del gobernador al conocer la fuga de su ministro y mucho menos las que le dedicó a su pobre madre, sin embargo, no disponía de tiempo, de ahí la orden de alistar a todos los hombres disponibles y levantar algunas defensas.

Pero lo que más le preocupaba era los refuerzos. Durante la marcha, había enviado correos en dirección a Bristol y Longthorpe, asiento de la II Legión Augusta y la IX Hispana respectivamente, ignorando que buena parte de la última había sido aniquilada.

De regreso con su gente, informado por su segundo de que no se tenían noticias de la II Augusta y que media IX se hallaba diezmada, Paulino comprendió que estaba abandonado a su suerte.

Su situación era realmente crítica, disponía de apenas 6000 hombres (la XIV Legión Gémina y una brigada de la Valeria Victrix) y se hallaba prácticamente rodeado pues la voz se corrió por todo el sur de la isla y existía inquietud entre los nativos. Sin embargo, era uno de los más brillantes militares del imperio y como tal, supo mantener la calma y pensar con serenidad.



Colchester es pasto de las llamas

(Imagen: *Boudica. La reina guerrera*, History Channel, 2006)

Un gigantesco ejército marchaba hacia Londres y encerrarse en ella para defenderla implicaba su perdición y con ella, el fin del dominio romano en Britania. Muy a su pesar, a sabiendas de lo que eso significaba, Paulino ordenó a su gente dar media vuelta y emprender la retirada, abandonando la ciudad a su suerte.

La medida puede parecer cruel pero tácticos y estrategias coinciden en que fue la disposición correcta, la más acertada. Se debía sacrificar la población para preservar la provincia.

Vislumbrando la suerte que correrían sus compatriotas, el general romano despachó un correo anunciándoles a los londinenses su decisión de retirarse al tiempo que les indicaba huir, es decir, ponerse a resguardo como mejor pudieran. Les prometió regresar, restablecer el orden y castigar de manera implacable a los alzados para luego resarcirlos (a los romanos) de todos los daños causados.

Por entonces Londres era el epicentro comercial del dominio itálico en Gran Bretaña, mucho más que Colchester. Hasta allí llegaban naves repletas de mercancías y partían de regreso llevando a la península y a las colonias romanas del sur de Francia y España, el producto de la provincia. La ciudad carecía de defensas, no tenía murallas (estas se erigirán después) y sobre ella convergían cinco caminos, uno por el norte, dos desde el oeste e igual número llegando del este. Un puente de madera cuya parte central se elevaba para facilitar el paso de las embarcaciones, permitía el cruce al otro sector del río – un simple caserío- y eso daba alguna posibilidad. Cuando el “sálvese quien pueda” fue pregonado por las calles, la gente huyó por ahí buscando las rutas que conducían al mar.

La fuga debió ser apresurada porque las noticias llegadas de Colchester y las que traían los pobladores del sector rural, contando en detalle el saqueo que aquellos trogloditas hacían en sus asentamientos, eran espeluznantes.

En tanto los celtas se aproximan a Londinium, Paulino se retira hacia el oeste, simulando huir.

Los rebeldes cayeron sobre la ciudad del mismo modo que lo hicieron en Camulodunum. Entraron aullando y rugiendo como lobos, incendiaron los edificios, saquearon las propiedades y destruyeron todo lo que atravesaron en su camino.

Mientras la población ardía, los pocos moradores que no pudieron escapar perecieron de la manera más cruel, entre ellos la guardia local, que trataba de brindar protección a ancianos, enfermos y minusválidos. Una vez más cuerpos destripados, mujeres degolladas, hombres atravesados por lanzas y espadas, niños y jóvenes asesinados a golpes de hachas y garrotes dominaron la escena.

Lo mismo que Colchester, Londres fue reducida a cenizas.

La marcha hacia el oeste

Son ciertas las afirmaciones de que Boudica debió ser una mujer de fortísima, de gran personalidad, indómita, decidida, de ahí la cantidad de britanos que logró reunir bajo su mando, todos identificados con ella y su drama personal, todos deseosos de expulsar a esos extranjeros prepotentes y hacerles pagar sus crímenes.

Finalizado el saqueo, en tanto Londres se consumía envuelta en llamas, los guerreros de Boudica se lanzaron tras el ejército de Paulino que en esos momentos se retiraba hacia el oeste por la calzada Watling.

Durante la marcha, centenares, por no decir miles de pobladores se unieron a sus filas. Su tercera presa fue Verulamium, la actual San Albano, tercera

población romana en importancia, que también fue pasto de las llamas. La furia de los guerreros era inmensa y su avance incontenible.

Dion Casio asegura que Boudica llegó a reunir 230.000 guerreros aunque es posible que muchos de ellos no fueran combatientes propiamente dichos sino auxiliares y familiares, pues los celtas acostumbraban a llevar sus mujeres, hijos y amistades para que les diesen aliento durante la batalla, como las parcialidades de fútbol en la actualidad. Aun así, su número era inconmensurable y seguía aumentando a medida que se desplazaban.

Kilómetros más adelante, a dos días de distancia, Suetonio Paulino continuaba alejándose, tratando de dar la impresión de que huía aterrorizado. Lo que en realidad hacía era buscar un terreno adecuado donde presentar combate, un lugar que equiparase la enorme desventaja que tenía en materia numérica.

Viejo zorro como era, buscaba el enfrentamiento a campo abierto donde sus tácticas podían darle la victoria.

Necesitaba moverse con cuidado, mantener siempre la distancia y evitar las emboscadas, y para ello envió exploradores en todas direcciones.



El ejército de Paulino se retira por la calzada Watling

(Imagen: *El Estandarte Púrpura*, Massimiliano Colombo)

De la II Legión Augusta no esperaba nada pues era obvio que su comandante no estaba dispuesto a arriesgarse. Enviar por el grueso de la XX era exponerse a perder el terreno ganado a los druidas y correr el riesgo de una nueva rebelión. Sólo contaba con la XIV Gémina completa y una compañía de la XX, con lo que no llegaba siquiera a los 8000 efectivos. Para su fortuna, tropas dispersas se le unieron en el camino, lo mismo fugitivos civiles que escapaban del saqueo y la masacre. Los últimos no serían de gran utilidad a excepción de aquellos que hubiesen servido en el ejército y tuviesen preparación militar, pero había otros que no estaban en condiciones de pelear, ancianos, jóvenes sin instrucción, empleados, labriegos, algunos un tanto obesos, otros demasiado

débiles, pero Paulino pensaba utilizarlos como complemento, ya recogiendo las lanzas que los legionarios arrojasen sobre el enemigo cuando este se replegase, ya retirando heridos, montando guardia o encargándose de los suministros.

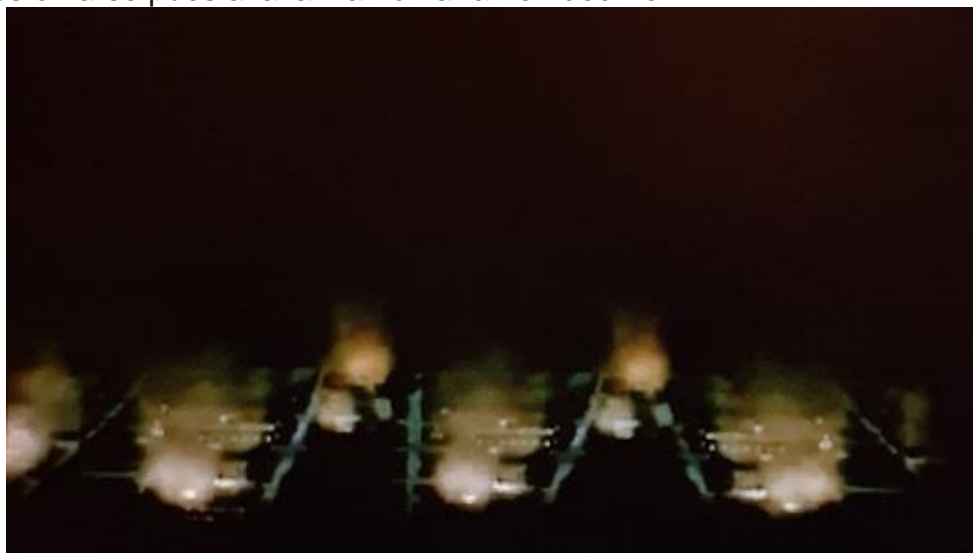
Los britanos cayeron en la trampa al suponer que los romanos huían aterrados. Venían cebados y eso aumentaba su vigor. Estimulados por las constantes victorias, victorias que habían excedido en mucho las expectativas, hombres y mujeres de todos los rincones de Inglaterra se sumaban a la bestial muchedumbre, convencidos del triunfo final. Y con ellos, como hemos dicho, se movía una caravana de carromatos llevando al pueblo raso, que por nada del mundo se iban a perder la victoria.

Pese a los restos dispersos de la IX legión y a los civiles en fuga, Paulino apenas reunió poco más de diez mil soldados. Sabía que no eran suficientes y por esa razón, debía escoger cuidadosamente el terreno. Y el mismo apareció de repente, a mitad de camino entre Londres y Gales; un espacio en pendiente, rodeado por un tupido bosque que se estrechaba a mitad de camino, con el sol dando de frente a los atacantes.

-Ese es el punto- dijo señalando la loma- Este es el lugar.

Y sin decir más, mandó levantar campamento en la parte alta y despachó vigías por los caminos. De momento, solo había que esperar.

En verdad, la vista de aquella franja de terreno estrecha e inclinada, llenó de alivio al general romano. No sólo obligaría a los celtas a pelear de frente sino también a pasar por un estrecho corredor que reduciría considerablemente su primera línea. No le podían embestir por los costados ni por detrás y para mas, se desgastarían al subir el barranco. Por el contrario, sus hombres no tendrían que esforzarse pues al avanzar lo harían en declive.



Londres convertida en hoguera

(Imagen: *Boudica. La reina guerrera*, History Channel, 2006)

Hay quienes sostienen que la espera podía desesperar a los legionarios, desmoralizarlos, deprimirlos, pero eso no es cierto. Estaban entrenados para ello y Paulino confiaba en que al contrario de los nativos, quienes venían marchando desde hacía varios días, al momento del enfrentamiento tendría a la tropa descansada.

La madrugada del tercer día el gobernador de Britania dormía en su tienda cuando su segundo corrió a despertarlo.

-¡Señor –le dijo- los salvajes están aquí!

Suetonio se incorporó de un salto y con los primeros rayos pudo ver por vez primera a su adversario.

Un mar de salvajes emergió del horizonte, moviéndose lentamente hacia la colina. La vista de esa multitud, cubriendo los campos, debió ser estremecedora. Venían confiados, a paso firme, decididos a todo pues estaban convencidos de que su causa era justa y su poder superior. Peleaban por su libertad, por expulsar a una fuerza exógena que ocupaba su tierra y los humillaba.

La batalla de Watling Street

Los guerreros de Britania se tomaron todo el día para alcanzar la posición y en esas estaban cuando el sol se ocultó y las tinieblas invadieron la región. Las fogatas del campamento britano impresionaron a los romanos pues a simple vista, parecía que el cielo estrellado se extendía también a sus pies. El amanecer sorprendió a ambos ejércitos enfrentados. Los legionarios en la parte alta de la colina y sus adversarios debajo, cubriéndolo todo hasta el horizonte. Paulino se asomó fuera de su tienda y al ver las posiciones del enemigo sintió que el alma le volvía al cuerpo. Era cierto, su número parecía haber aumentado pero hubo un par de detalles que le llamaron la atención. Lo primero que notó fue una gran cantidad de mujeres entre sus filas y lo más importante, habían colocado los pesados carrmatos detrás, cortando cualquier intento de escape en caso de retirada. Para asombro de sus hombres, el gobernador rió y exclamó:

-Señores, os felicito, hemos ganado la batalla.

Seguramente sus asistentes se miraron asombrados. Allá a lo lejos, a escasa distancia del barranco, decenas de miles de guerreros bramaban y gesticulaban como posesos, blandiendo sus armas y agitando escudos. Los superaban diez a uno, tal vez más, pero su comandante se mofaba y aseguraba la victoria.

Percatado de su desconcierto, Paulino les señaló esos detalles y ni bien terminó, ordenó formación de combate. Los diez mil legionarios se incorporaron alineándose en ocho filas, una detrás de otra, a medio camino entre el campamento y el sector donde el bosque se angostaba.

Como hemos dicho, los britanos estaban cebados, se los veía confiados y parecían impacientes por entrar en combate. Pero había algo que les jugaba en contra. Pese a que los dirigía una fiera enardecida, nada sabían de tácticas; eran una masa informe que embestía sin método y golpeaba a la carga, actuando por impulso e instinto. Por el contrario, la preparación y entrenamiento militar de los romanos era muy superior, un arma formidable, un mecanismo que se movía matemáticamente, con método y astucia, como las piezas aceitadas de una máquina.

Formados en hileras, los soldados se limitaron a esperar. Cada uno disponía de su gladio, el scutum y dos lanzas, además de yelmos de acero, corazas y sandalias con clavos que los mantenían firmes al terreno.

Así permanecieron varias horas, los salvajes rugiendo y blandiendo sus armas y los legionarios firmes en sus posiciones, imperturbables, como petrificados, atentos a las órdenes de sus superiores.

Las diversas versiones han puesto en boca de Boudica palabras de incitación.

-¡¡Demostrémosles a esos hombres perversos que no son nuestros amos, que no somos sus esclavos!!! ¡Que somos un pueblo libre que lucha por una causa justa!! ¡¡No les teman ni teman sus armas!!! ¡¡Les hemos derrotado en reiteradas ocasiones y lo haremos nuevamente porque los dioses están con nosotros!!!

-¡¡¡Boudica, Boudica!!! –gritaban los guerreros- ¡¡Muerte a los romanos, muerte a los invasores!!!

Del otro lado, la situación era diferente. Los legionarios se mantenían estáticos, inmóviles como hemos dicho, en tanto sus oficiales iban y venían dando voces de mando. Entonces llegó el turno de Paulino para pronunciar su arenga.

-¡¡Vosotros sois romanos, ellos simples bárbaros que apenas balbucean sonidos!! ¡¡No os inquietéis por lo que veis. Esos no son soldados, son solo animales!! ¡¡Vosotros sois los mejores guerreros de todos los tiempos. Habéis conquistado el mundo, llevado la civilización a los lugares más apartados, construido ciudades, carreteras, puentes, acueductos, obras equiparables a las proezas de los dioses!! ¡¡Ellos viven en chozas que ni nuestros perros ocuparían!! ¡¡Fijaos bien, los dirige una mujer y varias miles combaten en sus filas. Eso no es un ejército!! ¡¡Luchad. Luchad con valor, combatid con coraje, enterrad vuestras espadas y lanzas en sus cuerpos. Os prometo la gloria y la victoria. Solo pensad en eso y cuando la batalla haya finalizado, tomad lo que queráis!! ¡Roma os observa!

Todo estaba listo. Con sus corazas relucientes y sus plateados yelmos brillando al sol, los legionarios aguardaban mientras los celtas se mostraban cada vez más impacientes, sus caballos se encabritaban relinchando frenéticamente y sus carros se sacudían, listos a acometer. Fue entonces que a una señal de la reina, la gran batalla se desató. Los salvajes cargaron como una tromba, trepando decididos la barranca.

-¡Aguardad la señal! – gritó un oficial- ¡Quietos. No os mováis!

La tierra parecía temblar con el avance de aquella primera carga y el rugir de los guerreros.

-¡¡Preparad lanzas!! – gritó Suetonio - ¡¡Atentos a mi señal!!

-¡¡Atentos a la señal!! – repitieron los centuriones -¡¡Atentos todos a la señal!!

-¡¡Ahora!!

Cuando los bárbaros atravesaban el espacio donde el terreno se angostaba, una lluvia de misiles cayó sobre sus cabezas, diezmando su vanguardia. Dos mil, tres mil proyectiles precipitándose desde lo alto, de los cuales, dado el angosto corredor por el que debían avanzar los atacantes, la mayoría hizo blanco. La operación se repitió nuevamente, esta vez con la segunda línea, forzando a los celtas a retroceder.

Aprovechando el repliegue, los auxiliares civiles corren a recoger las lanzas para devolvérselas a los soldados y se posicionan detrás de la última línea, en espera de indicaciones.

Aquello desconcertó a los britanos, quienes tardarán un tiempo en reagruparse. Lejos de lo que imaginaban, los romanos permanecieron en sus puestos sin escapar. No esperaban esa resistencia y no sabían cómo contrarrestar tales tácticas.

La operación se repite una y otra vez con las mismas consecuencias, quedando el terreno cubierto de cadáveres y heridos gimientes.



Aguardando el embate

(Imagen: *The Stolen Eagle*)

El último repliegue dio tiempo a los romanos a realizar una formación en serrucho, manteniendo sus posiciones sin desesperar. Estaban entrenados para ello.

Cuando los britanos volvieron a cargar, se estrellaron contra el muro de acero que formaban los escudos, del cual emergían constantemente las gladias para abrirles las costillas y enterrarse en sus entrañas. Lo bueno es que el soldado de la primera hilera peleaba entre 5 y 8 minutos hasta que sus fuerzas comenzaban a flaquear, entonces, a una señal de sus superiores (posiblemente un silbato), dejaba su puesto y corría hacia la parte posterior de la formación, siendo reemplazado inmediatamente por quien se encontraba en la segunda línea¹⁰. Y así sucesivamente, hasta que nuevamente el soldado de la primera fila regresaba al frente y descansado como estaba, volvía a arremeter.

Los britanos embistieron una, diez, veinte veces pero los romanos no cedían. Para peor, la enorme cantidad de cadáveres impedía el desplazamiento de carros y caballos, dando con ello gran ventaja a sus oponentes.

La lucha se prolongó durante varias horas hasta que a una nueva indicación, los legionarios iniciaron el avance, organizando varios testudos (la célebre tortuga), sin descuidar la formación en serrucho.

Cuando los celtas retrocedieron por milésima vez, pisoteándose unos a otros, Paulino lanzó su caballería en forma oblicua, sembrando la confusión en el campo enemigo. Los salvajes entraron en pánico y algunos intentaron huir en tanto los romanos empujaban con fuerza hacia abajo, como en un scrum de rugby.

Boudica y sus aliados ven la escena y parecen inquietarse. Envían una tras otra, cargas de guerreros pero las mismas rebotan contra la barrera de acero y son arrolladas por los testudos, esos tanques formidables, contra los que nada pueden hacer.

Se genera de ese modo una desbandada descomunal. Los desconcertados britanos no se esperaban tamaña oposición pues hasta el momento solo saquearon ciudades y emboscaron formaciones menores. No se habían enfrentado en ningún momento a la verdadera fuerza romana.

Lo que ocurre a continuación es pavoroso. Desconcertados, aterrados, los celtas se desbandan, iniciando una retirada precipitada. Lo hacen en forma desordenada, cayendo, rodando, pisando muertos y heridos o llevándose por delante a aquellos que intentan arremeter.

Al ver eso, Suetonio manda cargar y los legionarios se lanzan barranca abajo, persiguiendo a sus oponentes. La situación se torna caótica, no había orden, no había disciplina, cada uno trata de salvarse y para ello arrojan sus armas, buscando por todos los medios aligerar el peso.

En vano Boudica y los restantes caudillos intentarán reagrupar sus fuerzas. La estampida se va acrecentando y nada puede frenarla. Los celtas buscaban ganar campo abierto y entre ellos corrían legionarios, generando con sus espadas mayor confusión.



Cayo Suetonio Paulino escoge bien el terreno

(Imagen: *Boudica. La reina guerrera*, History Channel, 2006)

Durante la persecución, los romanos provocan una avalancha tan descomunal, que miles de britanos se aplastan contra los carros o sucumben pisoteados por quienes intentan disgregarse. La carnicería que hicieron entre ellos fue espantosa y las represalias que tomaron a posteriori, peores.

Centenares de prisioneros fueron degollados, incluyendo las mujeres, niños y ancianos que observaban la batalla desde las caravanas. Miles fueron

crucificados, otros tantos reducidos y conducidos en cadenas hacia los centros de poder.

En los días posteriores, aldeas enteras acabarán arrasadas, saqueadas, incendiadas y despobladas; centenares de británicos ejecutados y los que no, esclavizados, buena parte de ellos enviados a Italia y las colonias romanas a lo largo del imperio. Se imaginarán su suerte y sobre todo la de las muchachas más bellas y jóvenes.



Tres instantes de Watling Street. En la imagen superior los britanos se lanzan al ataque. Al centro, los romanos cierran su formación a modo de serrucho. Abajo, los atacantes se estrellan contra un muro de acero

(Imagen: *Boudica. La reina guerrera*, History Channel, 2006)

Tal fue la represión que el gobernador Paulino llevó a cabo, que Britania no volverá a rebelarse.

De Boudica y sus hijas nada más se supo. Según algunas versiones, al ver todo perdido se suicidaron, según otras, habrían sido capturadas y ejecutadas; hay quienes dicen que escaparon a tierras lejanas, donde vivieron hasta el final

de sus días, pero lo más probable es que hayan muerto en combate o se hubiesen envenenado, un destino mucho mejor que si las hubiesen capturado vivas. El sueño de la reina guerrera se había desvanecido y con él los anhelos de libertad del pueblo británico. El dominio romano se prolongaría en la isla por los siguientes tres siglos y medio.

Epílogo

No sabemos qué ocurrió realmente con Boudica y sus hijas, pero sí con Cayo Suetonio Paulino. Según algunas fuentes, fue tal la represión que puso en práctica y tan brutales sus disposiciones, que el nuevo procurador, Cayo Julio Alpino Clasiciano, sucesor de Cato Deciano, lo acusó ante el Senado, advirtiéndole que de seguir en esa línea, provocaría una nueva rebelión. Nosotros lo dudamos ya que los métodos que aplicó eran habituales entre los romanos a la hora de castigar a sus enemigos. Pregúntenle a Espartaco sino, o a cartagineses y numantinos, o a los rebeldes judíos del año 70 o el 132, o a la reina Zenobia de Palmira o los mismos cristianos durante las persecuciones. Lo más probable es que celos políticos y rivalidades en los altos mandos se hayan confabulado para destituir a Suetonio, cuya imagen se había agigantado a causa de la victoria.



Estatua de Boudica en el puente de Westminster, Londres

Sometido a proceso por la pérdida de unos barcos (es decir, por otra causa), fue depuesto y reemplazado interinamente por Publio Petronio Turpiliano, sobrino del general Plaucio, sucedido al año siguiente (63) por Marco Trebelio Máximo.

En el 66 d.C. Paulino fue nombrado cónsul. Tras la guerra civil que sucedió a la muerte de Nerón, tomó parte por Otón, quien siendo emperador por espacio de pocos meses lo designó comandante en jefe de las fuerzas militares.

Producida la derrota del César, Vitelio, su sucesor, le perdonó la vida pese a que condujo la campaña en su contra. Retirado a la vida privada, falleció en tiempos de Vespasiano, no sabemos si en Roma o en su Pésaro natal.

Boudica ha sido inmortalizada por la historiografía, la literatura, el arte y el cine. Una estatua suya se yergue junto al puente de Westminster, en Londres. En

ella se la ve en un carro de combate, sosteniendo una lanza, en compañía de sus hijas. Se le han dedicado decenas de libros y su drama ha sido llevado al teatro y la pantalla en numerosas ocasiones, la primera *La reina vikinga*, título poco adecuado si los hay, una producción británica de 1967 con el estadounidense Don Murray en el papel del gobernador romano y la modelo finlandesa Carita Järvinen como la soberana celta.

En 2003 los ingleses volvieron a la carga con *La reina de la guerra* (*Warrior queen*), una producción bochornosa donde la actriz Alex Kingston salva la situación encarnado en forma adecuada al personaje.

La cinta es una sucesión de desaciertos, comenzando por Nerón y la corte imperial donde el César y su madre abordan los temas de gobierno rodeados por faunos y ninfas que corretean desnudos entre ellos.

El diálogo entre Suetonio y Boudica al final de la gran batalla es para el olvido, lo mismo imaginar al emperador y sus funcionarios hablando de Britania, Camulodunum, Londinium y Verulamium como si de Atenas, Alejandría o Palmira se tratase. Lo más seguro es que el demente soberano no tuviese idea de dónde quedaba la isla y mucho menos de la existencia de tan lejanas y poco importantes localidades. Ni hablar de él ocupándose personalmente de esos asuntos y no sus ministros.

Hubo otras producciones que también abordaron el tema. La bella Kristy Mitchell encarnó a la reina guerrera en *Barbarians Rising*, miniserie del año 2016 (de haber sabido Cato que se trataba de una chica como ella se habría dejado atrapar). Ella Peell hace lo propio en *El ascenso de la reina guerrera* (2019) y la genial Siân Phillips, la legendaria Livia de *Yo, Claudio* en *Reina Boudica* (1978), donde una soberana un tanto entrada en años toma las riendas del alzamiento. Sin embargo, la mejor entrega, ya por el casting como por la ambientación y el guión es *Boudica. La reina guerrera*, en la que nos hemos basado para trazar esta reseña.

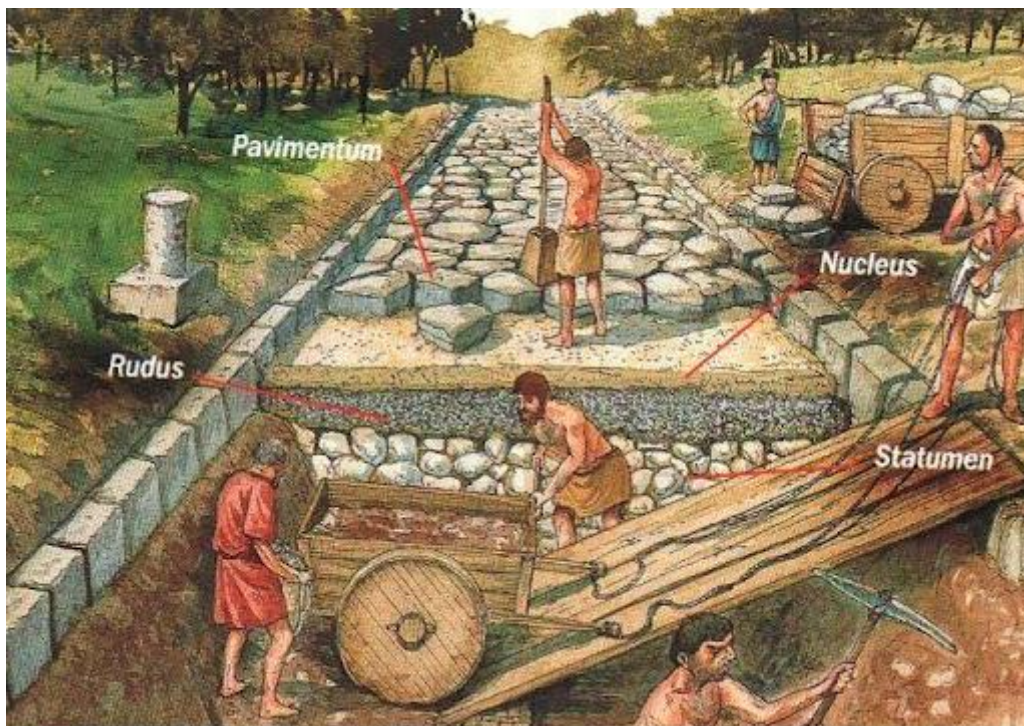
Se trata de una producción británico-rumana rodada en el año 2006 para la señal History Channel, con la vigorosa Charlotte Comer en el rol central. Es la que recomendamos y la que más se acerca a la realidad.

Boudica fue una heroína, una libertadora, una guerrera noble y valerosa que luchó por una causa justa. Sus métodos fueron brutales, como brutal fue la dominación romana y los vejámenes a los que fue sometida la población celta. Se la debe recordar junto a otras figuras que se alzaron contra la prepotencia y el avasallamiento de los poderosos, ubicarla entre aquellos que no dudaron en dar la vida en pos de valores tan sublimes como la justicia, la libertad y el respeto por la dignidad humana.

Imágenes



Londinium a vuelo de pájaro



Los romanos construyen una impresionante red de caminos en Inglaterra y Gales. Harán lo mismo con acueductos, puentes, diques, acequias, cloacas, desagües, puertos, faros y hasta una localidad balnearia: Bath



La reina Boudica años antes de la rebelión



Siguiendo la tradición celta las hijas de Boudica son entrenadas para la lucha

(Imagen: *Boudica. La reina guerrera*, History Channel, 2006)



Legionarios romanos



*"General Plaucio, conocimos los magníficos puentes
y caminos que construiste en Britania y Galia"*
(*Quo Vadis?*, 1951)



**Los romanos someten, humillan y veján a las poblaciones de Britania.
En la imagen después de saquear una aldea ultrajan a las mujeres**
(Imagen: *La reina vikinga*, 1967)



**Una mujer se rebela y los enfrenta.
Hará tambalear su poder**



**Tras la muerte de Prasutago, el procurador Catón Deciano (Cato)
rompe los acuerdos y ordena saquear el reino iceno**
(Imagen: *Boudica. La reina guerrera*, History Channel, 2006)



**Cato manda flajelar a la reina y ultrajar a sus hijas. Su torpeza
provocará la gran rebelión**

(Imagen: *Boudica. La reina guerrera*, History Channel, 2006)



El flagelo de Boudica

(Imagen: *Boudica. la reina guerrera*, History Channel, 2006)



Durante el ataque a Colchester, la población romana se refugia en el gran Templo del Dios Claudio, símbolo de la opresión. Los romanos lo dedicaron al emperador para impresionar a los britanos
(Imagen: *Boudica. La reina guerrera*, History Channel, 2006)



Imposibilitados de ingresar los celtas prenden fuego al edificio. En su interior los colonos itálicos mueren de manera espantosa
(Imagen: *Boudica. La reina guerrera*, History Channel, 2006)



Enterado de la rebelión Cato abandona presurosamente Britania.

(Imagen: *Boudica. La reina guerrera*, History Channel, 2006)



Boudica va por él.

La actriz británica Alex Kingston interpretó de manera brillante a la reina icena en una película mediocre

(Imagen: *La reina de la guerra*, 2003)



La bella Kristy Mitchell encarnó a la guerrera celta en la miniserie *Barbarian Rising* (2016)



Ella Peell es Boudica en *El ascenso de la reina guerrera* (2019)



La modelo finlandesa Carita Järvinen la revivió en *La reina vikinga* (1967). A su lado la genial Siân Phillips (Livia en *Yo, Claudio*) nos muestra una Boudica algo mayor



Sin desmerecer, la mejor interpretación es la de Charlotte Comer en el documental del año 2006 *Boudica. La reina guerrera*. Todas las actrices a excepción de Carita Järvinen son británicas



Alex Kingston como la reina (mejor no meterse con ella)

(Imagen: *La reina de la guerra*, 2003)

Notas

¹ Los otros dos puntos fueron Burnermouth y Southen-on-Sea, en la desembocadura Támesis.

² La obra le valió el Premio Nobel de Literatura en 1905.

³ Jefe de la Guardia Pretoriana en tiempos de Nerón, Tigelino nació en Agrigento, Sicilia, en el año 10 de la era cristiana. Fue propietario de tierras en Apulia y Calabria donde se dedicó a la cría y comercio de caballos. Fue el autor material del incendio de Roma ordenado por Nerón. Tras la muerte del emperador, gozó de la protección de su sucesor, Galba, pero asesinado este al poco tiempo, el nuevo César, Otón, ordenó su ejecución atendiendo las súplicas del pueblo. Antes de ser capturado, se dirigió a las termas de Mondragone, en la Campania y se suicidó.

⁴ La actual ciudad de Colchester fue fundada por los romanos como campamento militar primero y colonia después, alrededor del año 50 d.C. En alguna bibliografía se dice que se trata de la sede de gobierno de los trinovantes pero la misma se hallaba emplazada en otra ubicación pues no era costumbre de los conquistadores establecerse entre los bárbaros. Con el paso de los años, la ciudad romana absorbió al emplazamiento celta. Los romanos bautizaron a su campamento *Colonia Claudia Victricensis* pero el nombre trinovante terminó por imponerse. Vale aclarar que Camulodunum no era la capital del reino. La misma se encontraba en la actual Chalmersford, llamada Caesaromagus por los romanos aunque también es posible que se trate de un campamento o un establecimiento rural itálico y que la villa celta se encontrase en otra ubicación.

⁵ Los caminos romanos permanecieron en uso como vías principales por los siguientes 1400 años. La construcción sistemática de carreteras pavimentadas no se reanudó en Inglaterra hasta el siglo XVIII.

⁶ En realidad el emperador no participó de ningún combate. Se limitó a recorrer los territorios conquistados llevando incluso elefantes y encabezó algunas ceremonias para partir de regreso a Roma, donde se le dispensó un triunfo.

⁷ La calzada fue extendida luego a Chester y Holyhead, en la costa noroeste galesa, con un desvío hacia el sur, siguiendo en línea paralela a la frontera galesa.

⁸ Aulo Didio Galo sucedió en el gobierno de Britania a Publio Osturius Escápula.

⁹ Oriundo de la Umbría, Cerial estaba casado con Domitila la menor, hija del futuro emperador Vespasiano.

¹⁰ Es probable que para esta operación los oficiales romanos se valiesen de relojes de arena.